UNA AUSENCIA.

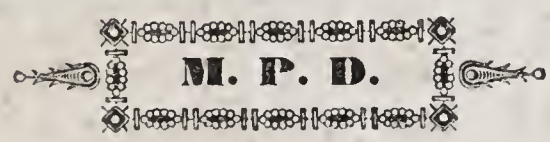
DRAMA EN DOS ACTOS

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 6 de Mayo de 1849.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Junio 1857.

PERSONAS.	ACTORES.
DON ENRIQUE.	*Don Julian Romea.*
DOÑA CLARA.	*Doña Matilde Diez.*
DOÑA VIVIANA.	*Doña Gerónima Llorente.*
ANSELMO.	*Don Antonio de Guzman.*
ROQUE.	*Don Mariano Fernandez.*
LUCÍA.	*Doña Teodora Lamadrid.*
Acompañamiento.	

La escena es en una quinta de don Enrique.—1839.

Este drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO PRIMERO.

Sala que dá al jardin.—Puertas laterales.—En el proscenio, una mesa á la izquierda y un velador á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LUCÍA *sentada á la derecha, arreglando un vestido, y distraida.* ROQUE *á la izquierda, sentado á la mesa y escribiendo.*

Roque. (*Repasando lo que ha escrito.*) «Cuenta de la »obra que tengo hecha, yo el abajo firmado, Roque »Busquet, maestro sillero y tapicero, para la quinta »del señor coronel don Enrique de Alfaro.» — Vaya una quinta!... la mas hermosa posesion de todo el reino de Valencia... y aquí, á dos pasos de la capital, como quien dice... habrá una legua escasa... Pero estaba todo esto tan á la antigua!... con unos muebles y unos damascos... allá del tiempo del Cid campeador... que ha sido preciso vestirlo de nuevo... y vaya si está ahora con lujo!... (*A Lucía.*) Lucía!... Mujer!... Lucía!...

Lucía. (*Saliendo de su distraccion.*) Qué!... qué quieres?

Roque. Qué haces?

Lucía. Yo?... Arreglar este vestido de la señora.

Roque. Qué has de arreglar!... si te estoy viendo ahí hecha un monote, mano sobre mano con los ojos tiesos... vamos, vamos! que no me gusta eso, Lucía!... Te vas tú tambien á poner como la señora, que de algunos meses á esta parte no hay quien la conozca de tristona y desmejorada que está? — Y ella, al fin, es una señora de conveniencias, que tiene caudal y

714468

lujo... casada con un hombre rico... vamos! tiene permiso para fastidiarse cuanto le dé la gana. Pero una costurera como tú, querer tambien hacer de... romántica, como dicen ahora!... no faltaba mas!... bien iría nuestra hacienda!...

Lucía. Siempre has de estar regañando!

Roque. (*Levantándose y yendo hácia ella.*) Es que te has mudado de una manera, Lucía, que no te conoznozco! Cuatro años hace que estamos casados, y siempre has sido viva, alegre, de buen humor... Me acuerdo que nos poníamos á trabajar, yo en mis sillas, y tú en tus vestidos... y á veces me quedaba embobado oyéndote charlar y cantar... á lo mejor venias corriendo á darme un abrazo... Luego los domingos, siempre te empeñabas en salir á paseo conmigo... íbamos los dos de bracero... que daba envidia... Pero ahora!... ayer, ayer mismo... dónde te fuiste á comer y á pasar la tarde?

Lucía. Toma! á la huerta de mi tia Colasa.

Roque. La tia Colasa!... y por qué no me convidó á mí tambien?—Por la tarde me fuí á pasear solo con los dos chiquillos... á la vuelta tuve que traerlos en brazos... y por fin de fiesta tuvimos una riña.

Lucía. Como eres tan amable!...

Roque. Amable!... Ya lo sabias cuando te casaste conmigo. Tiempo tuviste de conocerme á fondo: soy así... áspero, desabrido... pero honrado, que es lo principal. Y lo mismo ahora que antes... quien ha mudado eres tú.

Lucía. Pues, yo!

Roque. Sí señor, tú... hace algunos meses.

Lucía. Ganas de hablar, y nada mas!... vaya! qué motivos tienes?...

Roque. No hay que enfadarse, ni que ponerse colorada... Callemos, que aquí viene mi tio Anselmo el mayordomo... de mal gesto, como lo tiene de costumbre.

ESCENA II.

LUCÍA, *sentada.* ANSELMO. ROQUE.

Anselmo. (*Por el foro.*) Estas modas!... esta manía de

reformarlo todo! Quién conoce ya la quinta! papeles pintados en las paredes... cuadros... cortinas de muselina con ringorrangos de raso y flechitas doradas... en vez de aquellos damascos... de aquellos tapices!... Vamos, sobre que ya no me parece estar en la quinta donde nací!... Ah! qué tiempos!... qué baraunda!...— Esto parece una casita de muñecas!

Roque. Ya! Como que se ha convertido en una quinta de recreo á la moda de Francia!

Anselmo. De Francia!... Todo de Francia. Y cuando mi amo vuelva de campaña, despues de un año de ausencia, en lugar de verse en la casa de sus padres... se le figurará que entra en Francia. Y yo, que he nacido, que me he criado aquí! Esos damascos, esos tapices, esos sitiales que habeis echado á rodar eran otros tantos recuerdos de mi niñez, de mi juventud, de mis alegrías, de mis penas... eran mis ilusiones, eran mis amigos!—En fin, no hablemos de esto. Cuando vuelva mi amo... si es que vuelve... si alguna pícara bala... (*A Roque, que se ha ido acercando con un papel en la mano.*) Qué es eso?

Roque. Es la cuenta, para que usted la examine... Está hecha en conciencia, tio; usted me ha proporcionado trabajar para la quinta, y siendo cosa de usted no habia yo de ir á...

Anselmo. (*Leyendo.*) Lo has puesto todo?

Roque. Vaya! todito. La sillería de nogal... los cortinages... todo!

Anselmo. Cuánto gasto inútil!... qué locuras!...—En fin, á mí no me importa. El amo ha querido dar gusto á la señora...

Lucía. Y es natural! una jóven tan buena, tan amable, tan linda!... con unos ojos!...

Anselmo. Sí; hija de un general que mandaba una division en el ejército del Norte... mi amo fué de ayudante suyo... y se enamoró de la hija... ya se ve! jóven, rico, coronel... qué habia de hacer el general?... se la dió por esposa... y se casaron... maldita guerra!... y malditas mujeres!...

Lucía. Qué galantería!

Anselmo. Yo no soy galante ni quiero; está usted, señorita? Ahora estoy yo para galanterías...

Lucía. Ni ahora ni nunca, es verdad... pero si la señora le oyera á usted...

Anselmo. Maldito lo que me importaría!... Yo he dicho siempre mi sentir, y puedo decirlo; porque mi amo... está usted, señora Lucía?... mi único amo, que es el señor don Enrique de Alfaro, á quien he visto nacer, á quien he criado, á quien he llevado en mis brazos, me tiene dicho: «Anselmo, mientras yo viva no saldrás de mi casa.» Y yo le he respondido: «No saldré...» Y no saldré... pues!... porque mi amo... sabes tú quién es mi amo?... mi amo es la misma honradez... la virtud misma... El mejor corazon que hay en España... y merecia haberse casado con un ángel del cielo.

Lucía. Merecia!... pues no le ha cabido tan mala suerte!... Qué tiene usted que decir de la señora?

Anselmo. Yo!... digo yo algo?

Lucía. Ya!... pero echa usted unas indirectas...

Roque. Sí, tio... echa usted unas indirectas!

Lucía. (*Levántándose y acercándose á Anselmo.*) Hay señora mas respetada ni mas querida en todas las cercanías de Valencia?...

Roque. Cá!...

Lucía. Hay quien dé tantas limosnas á cuantos pobres se presentan?

Roque. Oh!...

Lucía. Hay quien observe una conducta mas ejemplar?

Roque. Uh!...

Anselmo. (*Con un movimiento de impaciencia.*) Quién dice que no?...

Lucía. Pues bien.—Y hace ya un año que su marido la tiene aquí sola en esta quinta... con su tia doña Viviana por única compañía... por estarse allá en la guerra...

Anselmo. El amo está cumpliendo con su obligacion como militar de honor... pero, ya se ve!... el cumplir la obligacion no á todos les parece divertido... y... luego... un año de constancia es cosa tan larga...

Lucía. Por supuesto!... y en cuanto á constancia, los hombres pueden servir de modelo!... Aquí está el señor Anselmo, que no hace mucho adoraba á la señora...

Roque. Es verdad, tio!... vaya... se hubiera usted dejado descuartizar por ella... Y sino, cuando aquella no-

che se prendió fuego á la quinta... y usted se chamuscó todo y se perniquebró por sacarla del fuego.

Lucía. Y ahora pone un gesto siempre que se habla de ella!... no parece sino que se nombra al diablo!

Anselmo. Qué estás ahí diciendo, charlatana? Digo yo algo de la señora?... Me quejo yo de ella?...

Lucía. Pues de quién?

Anselmo. De su tia... de esa doña Viviana...

Lucía. De mi madrina!... pues mi madrina es una señora muy guapa, y de muy buenos sentimientos!

Anselmo. Y muy sabihonda y muy empalagosa!... vieja mas parlanchina!... siempre con novelas... siempre inventando farsas y saraos y... Buen ejemplo para una jóven de diez y nueve años!

Lucía. Mas mérito para la señora... si á pesar de ese ejemplo que usted dice, se porta con tanto juicio... Pero á las mujeres nunca se nos hace justicia... (*Vuelve á sentarse.*)

Anselmo. Muchas veces... si se os hiciciera!...

Luisa. Anda!... qué político es!—Pero ya sé yo que la amabilidad con las mujeres no es su fuerte de usted.

Anselmo. Pues no podias darme esa queja mas fuera de tiempo... porque ayer mismo por la tarde te saludé dos veces, sin que te dignáras ni siquiera mirarme...

Roque. Ayer?... y dónde? dónde?

Anselmo. En la huerta de Colasa... donde se estaba paseando de bracero con...

Roque. Saliste á pasearte con tú tia, despues de comer?

Lucía. (*Turbada.*) Sí, Roque.

Anselmo. (*Con intencion, acercándose á Lucía.*) Ah, sobrina!... era tu tia Colasa... aquella persona que iba de bracero contigo?...

Lucía. (*Con tono suplicante.*) Tio Anselmo!...

Anselmo. (*En voz baja y con aspereza.*) Bien, bien!... yo no reparo nunca lo que no me importa.

Roque. Qué, qué?... qué es eso?

Anselmo. Nada, nada... (*Dándole la mano.*) El bueno de Roque!... Voy á examinar tu cuenta... que aquí viene doña Viviana.

Roque. (*Escamado.*) Vaya! aquí hay gato encerrado.

ESCENA III.

DICHOS. DOÑA VIVIANA, *por el foro.*

(*La colocacion es: Lucía.— Doña Viviana.— Roque.— Anselmo, empezando á contar por la derecha del actor.*)

Doña Viviana. Nada, nada... no hay que entrar ahora á ver á mi sobrina: luego... yo avisaré.—Anselmo, Lucía... voy á daros mis instrucciones para cierta cosa... pero cuenta con decirlo... habeis de guardar el mayor secreto!—Ah! Roque, ya que ha venido usted á la quinta, nos ayudará tambien.

Roque y *Lucía.* A qué?

Doña Viviana. Chit!... Cuidado con charlar!—Hoy es el cumpleaños de mi sobrina Clarita... y como la pobrecita está mas aliviada de esa dolencia que padece, es preciso distraerla.

Lucía. Ay! voy yo la primerita á darle los dias!...

Doña Viviana. (*Deteniéndola.*) Chit!... estás en tu juicio? Nadie la ha de decir nada hasta el momento crítico. Tengo proyectada una escena... un golpe dramático, que la llene de sorpresa y admiracion.

Anselmo. (*Ap.*) Pues!... Novelas... farsas!

Doña Viviana. He escrito á varios amigos de Valencia, para que vengan á pasar aquí el dia. Tendremos comida... baile... fuegos artificiales... En fin, espectáculo, vida, movimiento... oh! yo me desvivo por festejar á mi sobrina!—El jardin estará iluminado, y habrá un trasparente con la cifra del nombre de Clarita... ya vereis!—Así que lleguen los convidados yo la haré bajar al jardin á dar un paseo... y entonces me presento yo á la cabeza de todos y le dirijo mi arenga... cómo se va á sorprender!

Anselmo. (*Ap.*) Eso es!... la funcion será para la tia!

Doña Viviana. Solo quisiera inventar para el desenlace... como si dijéramos, para la catástrofe, algun rasgo terrible... inesperado... así... un golpe de teatro, de aquellos que suspenden y estasían... qué haríamos?

Lucía. Piénselo usted, madrina.

Doña Viviana. Qué le parece á usted, Anselmo?

Anselmo. (*Pasando junto á doña Viviana.—Lucía.—Doña Viviana.—Anselmo.—Roque.*) Yo, señora, me limitaria á decirle al ama: «Sobrina mia, hoy es ani»versario del dia en que naciste para orgullo de tus »parientes y felicidad de tu esposo... acuérdate de él »y de tus deberes... y venga un abrazo.»—Esta sería mi arenga.

Doña Viviana. Jesus! qué cosa tan prosáica!

Lucía. Eso es muy así... muy simple...

Anselmo. Puede ser... tambien le añadiría: «Si no te »obsequio con mas aparato, es porque durante la au»sencia de tu esposo, que está presentando el pecho, »acaso en este instante, á las balas enemigas, no me »parece decoroso andar con bailes, con comidas, con »fuegos artificiales...»

Doña Viviana. Señor Anselmo!...

Anselmo. Como usted me pedia mi parecer...

Doña Viviana. Su parecer de usted es impertinente é irritante... puede usted omitirlo.

Anselmo. Bien: me lo guardaré... con otros muchos que no se me han pedido... y que hubiera sido conveniente seguir. (*Roque pasa junto á su mujer.—Roque.—Lucía.—Doña Viviana.—Anselmo.*)

Doña Viviana. Yo no necesito su aprobacion de usted, ni su censura. Hago lo que me conviene... y lo que convendria tambien á mi sobrino Enrique, si estuviera aquí... que aquí debia estar... y no andarse en esas guerras sin qué ni para qué... un hombre casado... un hombre rico... llevar ya un año sin parecer por su casa... teniendo aquí á su mujer sola... vamos!.... vamos!...

Anselmo. Si mi amo, siendo rico, se está por allá en campaña... sus razones tendrá...

Doña Viviana. Qué razones puede tener?...

Anselmo. Razones, señora, que si usted no sabe apreciar... tanto peor para usted!—Pues qué, por ser rico, no ha de tener honor?... no ha de tener entusiasmo?... no ha de responder al grito de la patria?... un jóven... un militar... habia de ver asolar nuestro pais, saquear nuestras casas... y habia de permanecer tranquilo é indiferente?... Algunos lo hacen... pero mi amo es buen español.

Doña Viviana. Eso sí; pero al menos escribir, señor!... se pasan meses sin recibir una carta suya... ni de mi hermano... el general... el padre de Clarita...

Anselmo. Los dos están juntos!...

Doña Viviana. Válgame Dios! qué guerra!... esto es vivir con el alma en un hilo! temiendo cada dia recibir alguna nueva funesta!... Jesus!... Jesus!... así está la pobre Clara... en una contínua agonía! —Ah! fué usted esta mañana á la ciudad, segun mandó mi sobrina?

Anselmo. Sí señora: fuí.

Doña Viviana. Trajo usted los encargos?

Anselmo. Aquí está todo.—La novela para usted... los periódicos de hoy... estas cartas...

Doña Viviana. Y se ha estado usted con todo ello en el bolsillo hasta ahora?... Válgame Dios!... venga acá.

Anselmo. Si será alguna del amo?...

Doña Viviana. (*Mirando los periódicos.*) La Gaceta.—A ver qué trae.—(*Lée.*) «La division que habia salido »el 13 de Vitoria estuvo á pique de ser sorprendida y »envuelta al amanececer del 14 por doble número de »batallones facciosos.» Dios mio!... Sí!... es la division que manda mi hermano!

Roque. El señor general?

Lucía. El padre de la señorita?

Anselmo. Donde va mi amo?...

Doña Viviana. Sí... la misma!... Ay Dios!... sorprendida!...

Anselmo. Lea usted, señora!

Doña Viviana. (*Lée.*) «Ya empezaba á introducirse en »ella el desórden, á pesar de los esfuerzos del gene»ral, que decidido á perecer...» Ay Jesus!... «se ar»rojó sobre el enemigo sable en mano á la cabeza de su escolta...» Ay!... Ay!... Mis nervios!... mis nervios!...

Lucía. (*Sosteniéndola.*) Señora!... Ayudadme...

Anselmo. Una silla!... (*Roque arrima una silla, donde la sientan.*)

Anselmo. (*Tomándola la Gaceta.*) A ver!... á ver!... (*Lée.*) «...de su escolta. Todo estaba perdido, y el »general en poder de los enemigos, cuando se pre»senta repentinamente el bizarro brigadier don En-

»rique de Alfaro, que habia logrado rehacer á los »fugitivos, y al grito de *viva la Reina! salvemos á »nuestro general!...* cayó como un rayo sobre los re»beldes desbaratándolos completamente, salvando al »general y á todos los prisioneros, y poniendo en »derrota al enemigo, que huyó dejando el campo cu»bierto de cadáveres...» Ah!... este es mi amo!... mi querido amo!... el buen soldado... el buen hijo...

Doña Viviana. Ya respiro... (*Levantándose.*)

Anselmo. (*Leyendo.*) Cielos!...

Doña Viviana. Qué es eso... otro susto...

Anselmo. (*Leyendo.*) General!... mi amo general!...

Roque y *Lucía.* General!...

Doña Viviana. Cómo...

Anselmo. (*Leyendo.*) «S. M. se ha dignado promover al »empleo de mariscal de campo de los ejércitos nacio»nales al brigadier don Enrique de Alfaro...»

Doña Viviana. Otro general en la familia!

Anselmo. Ah! quién pudiera estrecharlo contra el corazon!...

Doña Viviana. A ver si las cartas dicen algo... (*Abriéndolas.*) Esta es letra de mi sobrino...

Anselmo. De mi amo?... Lea usted, señora... lea usted!...

Doña Viviana. (*Leyendo.*) Que está bueno...

Anselmo. Y qué mas?... y qué mas?...

Doña Viviana. (*Leyendo.*) Dios mio!... que acaso esta tarde nos dará un abrazo!...

Anselmo. Esta tarde!... Ah... y qué apretado!...

Doña Viviana. Oh! qué magnífico... hé aquí completo mi plan! el desenlace, la catástrofe que yo buscaba!... En medio de la ceremonia, se presenta el marido... sorpresa!... golpe de teatro!... No falta mas que prepararlo bien... y eso queda de mi cuenta... con tal que ninguno vaya á picoteárselo á mi sobrina!

Anselmo. Mi querido amo!... Oh! yo seré el primero que le abrace!... saldré á recibirlo... por qué camino vendrá?...

Doña Viviana. Por ninguno... Ya empezamos! — Además hace usted falta aquí para disponer la comida... cuidar de la plata...

Anselmo. Señora... dispénseme usted por hoy...

Doña Viviana. No puede ser. La obligacion es lo primero.

Anselmo. Bien sabe usted que nunca he faltado á ella... Pero en una ocasion como esta!... cuando mi amo... mi querido amo llega, despues de un año de ausencia, este pobre viejo que lo ha visto nacer, que lo ha criado, que lo ama como á un hijo... Ah! señora!... daría otro año de su vida por salir á recibirlo... por darle el primer abrazo!...

Doña Viviana. Qué tono de tragedia clásica!... Jesus!... un mayordomo sensible!... qué ridículo...

Anselmo. Si no hubiera en el mundo mas viejos ridículos que yo!...

Doña Viviana. Señor Anselmo! (*Yendo hácia él.*)

Roque. Tio!...

Anselmo. Vaya noramala! (*Pasa á la izquierda de Roque.—Lucía.—Doña Viviana.—Roque.—Anselmo.*)

Doña Viviana. Insolente!... malandrin!... Salga usted de casa al instante!

Anselmo. Salir!... Yo estoy en la casa del señor don Enrique de Alfaro, que es mi único amo.

Doña Viviana. Pero mientras él esté ausente, mi sobrina es el ama; y cuando yo le cuente la insolencia de usted... ella será quien lo eche á la calle.

Anselmo. A la calle?... Veremos!...

Doña Viviana. Qué es veremos?... Hola, hola!... pues veremos si entre su tia y un criado insolente...

Roque. Por Dios, tio...

Lucía. Conteneos!...

Anselmo. Lo dicho: veremos.

Roque. Tio... que viene la señora!

ESCENA IV.

DICHOS. DOÑA CLARA, *que sale por el foro.*

(*Lucía.—Doña Viviana.—Doña Clara.—Anselmo.—Roque.*)

Doña Clara. Qué ha sucedido!... qué ruido es este?

Doña Viviana. Ese criado insolente... ese viejo díscolo, que ha tenido la osadía de faltarme al respeto!...

Doña Clara. Cómo es eso, Anselmo!...

Doña Viviana. Ha insultado á tu tia... y tan groseramente, que exijo de tí que se le despida de casa ahora mismo.

Doña Clara. Es posible, Anselmo?...

Anselmo. Sí señora... la he faltado... lo confieso...

Doña Clara. (*Conmovida y sin severidad.*) Mal hecho... muy mal hecho!... Si no por consideracion á mí, que estoy enferma, á lo menos por mi marido... por su amo, debia usted, Anselmo, respetar á mi tia.

Doña Viviana. Eso es!... háblale con toda dulzura, con toda amabilidad!—Ya puedes despedirlo ahora mismo; yo lo exijo!

Doña Clara. Lo merecia sin duda!

Anselmo. Pronto estoy á dar mis cuentas.

Doña Viviana. (*Instando á doña Clara.*) Vamos!

Doña Clara. Bien... ahora... quiero hablar con usted solo.

Doña Viviana. Y á qué santo?...

Doña Clara. Tia, por Dios!... No es cosa de dar un escándalo delante de Lucía... delante de todo el mundo... (*A Anselmo.*) Luego... de aquí á una hora... vuelva usted.

Anselmo. Bien, señora. (*Mientras doña Clara se dirige hácia el fondo, Anselmo echa una mirada de triunfo á doña Viviana, y dice al irse en voz baja á Roque:*) No te dije que no me despediría?... No tengo miedo.

ESCENA V.

LUCÍA, *sentada.* DOÑA VIVIANA. DOÑA CLARA. ROQUE.

Doña Viviana. Pues!... por esas blanduras tuyas harás que cualquiera se nos suba á las barbas... y yo no lo he de aguantar... clarito!...

Doña Clara. Bien, tia!... si ya le he dicho á usted que quedará satisfecha.—Pero, por qué ha sido ello?

Doña Viviana. Por nada... por una futesa... por estas cartas que traía el señor mio... Y aun no las he acabado de leer... Aquí hay unas para tí. (*Le dá unas cartas; Clara va á sentarse á la izquierda junto á la mesa.*) Estas son para mí... «la 2.ª entrega del

Castillo de Estrambangausen ó la ramera sensible...» El Entreacto... Y esta?... «A Lucía Grao.=En la quinta de Alfaro...» Esto no es para mí.

Lucía. (*Levantándose.*) Ay Dios!... será una equivocacion...

Roque. (*Tomando la carta.*) Puede ser.

Lucía. (*Quitándosela.*) Que no es para tí. (*Doña Viviana se va á leer junto al velador de la derecha. Lucía y Roque están enmedio en el proscenio.*)

Roque. (*A media voz.*) Y qué importa! Yo quiero enterarme...

Lucía. (*Turbada á media voz.*) Pues no señor... es mucha curiosidad!... No porque á mí me importa nada...

Roque. Pues bien, señora Lucía, á mí me importa mucho... Te parece que no reparé yo poco há cuando hablaste en secreto con mi tio Anselmo?... Y él me miraba despues con un aire de lástima que me voló!... (*Irritándose por grados.*) Yo no quiero que me tengan lástima... estamos?

Lucía. (*Incomodada.*) Si vas á hacer caso de las chocheces del tio Anselmo, no tendremos un instante de paz.

Roque. Pues vamos á ver; por qué viene dirigida la carta á esta quinta?

Lucía. Porque saben que he venido aquí por temporada, á coser para la señora.

Roque. Pues dame la carta.

Lucía. No me dá la gana.

Doña Clara. (*Interrumpiendo impaciente la lectura.*) Qué es eso, señor?... otra disputa!—Cuidado que es desgracia la mia!... Ni aun aquí en esta quinta, donde me he venido á vivir casi aislada, puedo tener un instante de tranquilidad!

Roque. (*Acercándose á doña Clara.*) Señora... disimule usted... mi mujer tiene la culpa.

Lucía. Mi marido es quien la tiene.

Roque. No me quiere enseñar esa carta...

Lucía. Por qué ha de querer saber mis secretos?...

Roque. Y por qué ha de tener secretos para mí? En un buen matrimonio no debe haberlos entre marido y mujer; y si ella los tiene y me los oculta, señal que está culpada.

Doña Clara. (*Agitada.*) Culpada!... qué dice usted?... quién le dá á usted derecho para acusarla?

Roque. Ella misma... Por mi parte no habria un sí ni un no en el matrimonio, que yo soy como un cordero; pero ella... En fin, si esa carta no tiene nada de particular, que se la enseñe á usted. (*Toma del brazo á Lucía y la hace pasar junto á doña Clara.*) En usted me fio, señora, en usted, que es la prudencia y la virtud misma; si usted me dice que debo estar tanquilo, se acabó todo.

Doña Viviana. Vamos, Lucía, ese es un mediotérmino...

Lucía. Es verdad, madrina... Pero á qué hemos de ir á distraer á la señora con nuestros asuntos particulares!...

Roque. Pero si la señora consiente...

Lucía. Pero...

Roque. Hola, señora Lucía, se niega usted?... Se niega!

Lucía. No señor, no me niego. (*Dá la carta á doña Clara. Doña Viviana.—Roque.—Lucía.—Doña Clara.*) Aquí está.

Doña Clara. (*Al recibir la carta le toma la mano.*) Lucía, tú tiemblas!

Lucía. No señora.

Doña Clara. (*La mira, despues mira la carta, y sin abrirla, dice á Roque, levantándose y pasando junto á él:*) Bien... ahora... yo la leeré despacio... y hablaremos... fie usted de mí.

Roque. Me basta, señora, me basta. Creeré lo que usted me diga á ojos cerrados.

Doña Viviana. (*Ap. á Roque.*) Venga usted, Roque, me ayudará á disponer la funcion. (*A doña Clara.*) Cuidado, Clarita, que Anselmo no ha de dormir hoy en casa.

ESCENA VI.

DOÑA CLARA. LUCÍA.

Doña Clara. Y bien, Lucía, quieres que la abra?... No me respondes!... Ah, Lucía! tan trémula estoy yo como tú...—Dime, sabes tú... la verdad! de quién es esta carta?

Lucía. Me lo figuro, señora.

Doña Clara. Y consientes en que la lea?

Lucía. (*Juntando las manos.*) Ah! sí señora, sí... léala usted para mi castigo!

Doña Clara. (*Mirando la firma.*) «Julian...» Quién es este Julian?

Lucía. Un jóven... sobrino de don Vicente el ebanista... que estaba de pasante con un escribano... pero lo ha dejado por quedarse en el obrador de su tio.

Doña Clara. Y por qué?

Lucía. Porque... don Vicente tiene el obrador frente de casa.

Doña Clara. Ya! Conque ese jóven te solicita?

Lucía. Creo que sí... Hace ya mas de un año que me persigue... pero yo nunca le he hecho caso... Oh! eso lo puedo jurar.

Doña Clara. De veras?

Lucía. Lea usted, lea usted... verá usted como toda la carta se vuelve ruegos y quejas... siempre se está quejando... y me dá una lástima!...

Doña Clara. (*Leyendo conmovida.*) Conque nada tienes que echarte en cara?

Lucía. Nada, señora. Yo nunca le he dado pie... y él me quiere tanto! Es tan guapo.... mientras que Roque se ha vuelto tan desconfiado, tan regañon, tan celoso...

Doña Clara. Y ha sido siempre así?

Lucía. No señora; de recien casado era mas amable; pero de algun tiempo á esta parte se ha mudado tanto...

Doña Clara. Desde cuándo?

Lucía. Desde... no sé.

Doña Clara. Pues yo creo que lo sé. Lucía, no será de poco mas de un año á esta parte?

Lucía. Cómo!...

Doña Clara. Sí; desde que ese Julian te ha parecido amable, tu marido ha dejado de parecértelo. Es desconfiado, es celoso desde que tú le has dado motivo para que lo sea. Su mal humor, su aspereza son obra tuya, Lucía!

Lucía. Ah señora!

Doña Clara. Y si tú supieras, hija mia, qué porvenir te estás preparando! un paso mas que dés... un solo

paso... te hace perder para toda la vida la felicidad y el sosiego! (*Lucía se estremece.*) No quiero hablarte de la amargura, del martirio que sentirá tu corazon entregado á un tardío arrepentimiento... del contínuo recelo, de la sospecha, de la desconfianza que reinarán en tu marido... Piensa solamente que no pasará un dia en el cual no se cubra cien veces tu frente de rubor, temblando á cada instante que una palabra, una contradiccion, un descuido descubra tu secreto... Vivirás temerosa de tus vecinos... de tus conocidos; dependiente de algun criado que haya adivinado lo que pasa en tu corazon y se crea con derecho para avergonzarte y hacerte á cada paso bajar los ojos... y si despues de pasar el dia en tan continuada agonía, piensas hallar descanso por la noche... lo piensas en vano!... porque no podrás dormir... no! La memoria de tu delito te perseguirá hasta en sueños, y aun durmiendo temerás descubrir el secreto.

Lucía. Ah, Dios mio!... qué horror!...

Doña Clara. Sí, sí... créeme, Lucía; todavía es tiempo para tí!—Borra de tu corazon esas ideas... bórralas, que bien se puede cuando bien se quiere... No vuelvas á verle... padecerás, lo creo; pero no serás verdaderamente desgraciada.

Lucía. (*Llorando.*) Qué mas desgraciada!

Doña Clara. Ah! no digas eso... tú no sabes lo que son remordimientos...

Lucía. Qué dice usted?...

Doña Clara. Que ahora mismo, enmedio de esas lágrimas, de esa lucha interior, hallas alivio y consuelo en la estimacion de tí propia, en la mia, en la pureza de tu conciencia... Pero la que una vez ha olvidado sus deberes...—En fin, Lucía, tú te has criado en casa, me interesa tu suerte, y quiero libertarte de una desgracia.—Tienes un marido hombre de bien, que te quiere... hasta ahora has sido feliz con él... tú seguirás siéndolo si quieres... me lo prometes? Con esa condicion rompo la carta, (*La rompe.*) y nada sabrá.—Le diré que eres lo que yo quiero que seas... y lo que en efecto eres, no es verdad?... una mujer de bien.

Lucía. Sí señora, eso sí!... yo se lo juro á usted!...—(*Llorando.*) Mucha pena me va á costar... pero no

importa... seguiré los consejos de usted!...—Y qué decia en la carta?

Doña Clara. Queria verte... te pedia una cita...

Lucía. Pobrecillo!

Doña Clara. Pero no hay que pensar en eso... Si viene, huir de él.

Lucía. Sí señora... mejor es no verle!...

Doña Clara. Ten confianza en mí... cuéntamelo todo... que yo no te abandonaré.

Lucía. Sí, todo... y usted me consolará y me dará valor... (*Vase llorando.*)

ESCENA VII.

DOÑA CLARA.

Pobre criatura!... ah! me tendré por feliz si puedo salvarla. (*Siéntase, apoyando el codo en la mesa y la frente en la mano, y mira un rato cavilosa y abatida las cartas que tiene abiertas sobre la mesa.*) Acabemos de leer. (*Abre una carta.*) De mi padre. (*Besa la carta.*) «Clara mia, hija de mi corazon; si aun puedo nombrarte, si aun tengo esperanzas de estrecharte en mis brazos, lo debo al mas noble, al mas generoso de los hombres, al que te dí por esposo. A su valor, á su arrojo debo la vida que ya estuve á punto de perder entre las lanzas enemigas.»—Dios mio!—«Pero aun le debo mas; porque la vida no es lo primero para un militar; le debo el honor; le debo la conservacion de cuarenta años de servicios sin tacha, que iban á oscurecerse para siempre en un momento desgraciado. Qué hacia yo con morir? Un general no cumple con morir. Sorprendido y envuelto, de resultas de avisos falsos, muerto mi caballo y desordenadas mis tropas, apareció Enrique, tu esposo, á la cabeza de un puñado de valientes, y la derrota se convirtió en victoria, y el dia de mi deshonra y mi muerte se trocó en el dia mas glorioso de mi vida. Te escribo conmovido y bañando este papel con lágrimas!... Yo tengo ya sesenta años y no puedo vivir para pagarle este beneficio. A tí, hija mia, á tí te encomiendo esta deuda sagrada... tú eres la única que puede pagársela, haciéndole tan

feliz como él ha hecho á tu padre...» (*Deja caer la frente en las manos.*) Dios mio, Dios mio!...

ESCENA VIII.

ANSELMO. DOÑA CLARA, *sentada.*

Doña Clara. Quién viene ahora?... Es Anselmo.

Anselmo. Aquí estoy, señora, cumpliendo con la órden de usted.

Doña Clara. Ciertamente. (*Con empacho.*) Es posible, es posible, Anselmo, que me vea obligada á ser severa con usted? Bien sabe usted cuántas bondades, cuántas consideraciones le he dispensado hasta ahora.

Anselmo. (*Con frialdad.*) Es verdad; pero una vez que su señora tia ha resuelto que me despida usted...

Doña Clara. (*Con dulzura.*) He dicho yo algo de eso? He consentido en ello acaso? No es esto decir que tal vez no lo haya usted merecido...

Anselmo. (*Impaciente.*) Yo!

Doña Clara. (*Con viveza y temor.*) Al menos así lo cree mi tia; pero yo no puedo olvidar que mi marido... que Enrique le estima á usted, que usted le ha criado; y si aun hoy continúo usando de indulgencia con usted, es por consideracion á él.

Anselmo. A él, pues, se lo agradezco, señora, y este beneficio mas le deberé á mi amo.

Doña Clara. Y á mí, Anselmo, no cree usted que me debe nada?

Anselmo. Sí señora; y en otro tiempo me he mostrado muy agradecido.

Doña Clara. Y por qué despues ha cambiado usted tanto? En qué consiste que ya ni mi tia ni yo le merecemos á usted aquellas atenciones que debíamos esperar?

Anselmo. Si eso es así, bastante lo siento; pero yo no sé fingir: no está en mi mano. Podrá ser que me haya equivocado, que esté en un error: ay! ojalá! daría toda mi sangre.

Doña Clara. (*Levantándose y con mas confianza.*) No le entiendo á usted, Anselmo. Vamos, esplíquese usted sin temor. Qué hay?

Anselmo. Lo que hay, señora, es que yo quiero á mi

amo sobre todas las cosas de este mundo; que así él como su padre me han llenado de beneficios, que yo y todos los mios estamos ya acostumbrados á considerarnos como si fuéramos de su propia fámilia, y que sacrificarnos por él no es en nosotros mérito ni obligacion, es nuestra vida, nuestra existencia...

Doña Clara. Lo sé; y qué?

Anselmo. Y qué!... que cuando á los pocos dias de casado marchó á campaña me dijo: «Anselmo, mi patria me llama: no sé cuanto tiempo estaré ausente: no sé si volveré: aquí te dejo... cuídamela mucho, confio en tí; mira que es lo que mas amo en la tierra.»

Doña. Clara. (*Enternecida.*) Eso dijo!...

Anselmo. Sí señora!... y yo le respondí: «Amo mio, vaya usted tranquilo... yo respondo de todo.»

Doña Clara. Y ha cumplido usted su palabra... que bien me acuerdo, cuando se prendió fuego á la quinta...

Anselmo. Eh! no queria yo hablar de eso... otras cosas debería yo haber cuidado...

Doña Clara. Qué quiere usted decir?

Anselmo. Que algunas veces ha habido aquí ciertas personas... ciertas reuniones... su tia de usted lo disponia... anda con Dios!... no digo yo que llevase intencion...

Doña Clara. Cómo!

Anselmo. Pero los pocos años... la falta de mundo... no sabe uno muchas veces adónde le puede precipitar un... Ah! por mi voto, todos aquellos forasteros hubieran tomado la puerta.

Doña Clara. No sé. Todos eran parientes, amigos de mi marido... No entiendo, Anselmo, lo que quiere usted decir... Acabe usted. Nadie ha podido nunca echarme en cara... nadie ha observado...

Anselmo. No, nadie, gracias á Dios! — Pero yo... yo solo... que siempre estoy alerta... de dia y de noche... he creido ver!... Es verdad que soy muy viejo... que ya la vista me flaquea... (*Mirándola cara á cara.*) pero, por desgracia, ahora no me ha engañado; yo he visto...

Doña Clara. Qué?... acabemos... esto es mucho padecer!... hable usted; lo quiero, lo mando.

Anselmo. (*Con acento terrible.*) Usted me lo manda!... á mí?

Doña Clara. (*Aterrada.*) No, no!... (*Disimulando.*) porque aquí viene mi tia, y... sino fuera por eso, Anselmo, yo averiguaría qué significa ese lenguage... que, á la verdad, no puedo comprender.

Anselmo. No?... Dios haga que sea así!

ESCENA IX.

ANSELMO. DOÑA VIVIANA. DOÑA CLARA.

Doña Viviana. Cómo! todavía está aquí este hombre!... yo pensaba, sobrina, que la conferencia sería para despedirlo.

Doña Clara. Sí; pero hemos tenido esplicaciones, y ha prometido ser en adelante mas respetuoso, mas complaciente con usted... (*Mirando á Anselmo.*) No es cierto? (*Señal de aprobacion de Anselmo.*)

Doña Viviana. Ya es tarde para esas promesas.—Si ahora exijo que se le despida, no es por mí, sino por tí.

Doña Clara. Cómo es eso?

Doña Viviana. Sí señor; se ha jactado de que se quedaría en casa, á pesar tuyo.

Doña Clara. Es posible!

Doña Viviana. En mi cara me lo ha dicho. Que tú ni puedes ni te atreverás á despedirlo, y en Dios y en mi conciencia, que si ahora no lo haces, creeré que ha tenido fundamento para decirlo.

Doña Clara. (*Turbada.*) Tia! (*Pasando entre doña Viviana y Anselmo.*) Usted me obliga á ello, Anselmo, usted mismo conoce que no puede permanecer en casa.

Doña Viviana. Friolera es!

Anselmo. (*Admirado.*) Cómo! Usted me despide?

Doña Clara. Usted lo ha querido.

Anselmo. (*Con dolor.*) Ah! no es posible, no es posible que usted me eche de casa.

Doña Viviana. Ves qué insolencia!

Anselmo. Eh! lo que yo quiero decir es que la señora no querrá dar ese sentimiento al amo.

Doña Viviana. Nada, no te obedece!...

Doña Clara. (*Con emocion.*) Basta, salga usted de casa.

Doña Viviana. Y ahora mismo, ahora mismo, porque yo lo mando.

Anselmo. Sí, me iré, ya que mi único apoyo, mi único protector no está aquí... pero él volverá, y entonces, si pregunta por qué han despedido á su fiel Anselmo... si lo pregunta!...

Doña Viviana. Salga usted!

Anselmo. (*Mirando á doña Clara.*) Yo le responderé, señora! (*Vase.*)

Doña Clara. (*Cayendo en la silla de la derecha.*) Ah! no puedo tenerme en pie!

Doña Viviana. Vaya usted... vaya usted de aquí. No faltaba mas!—(*Viendo á doña Clara.*) Calla! ya te has puesto mala por una vez que has manifestado un poco de energía!

Doña Clara. No, tia, no es nada; ya pasará.

ESCENA X.

DOÑA CLARA, *sentada.* DOÑA VIVIANA. ROQUE.

Roque. (*Entrando con misterio por la izquierda y hablando á doña Viviana.*) Señora!...

Doña Viviana. Qué hay, Roque?

Roque. (*A media voz.*) Acaba de llegar un señor á caballo... un desconocido... se ha apeado en el patio, y dice que quiere ver primero á usted.

Doña Viviana. Gran Dios! si será...

Roque. Justamente... yo creo que es él.

Doña Viviana. (*Mirando á doña Clara.*) Cómo la alejaría de aquí?—Clarita.

Doña Clara. (*Mirando á doña Viviana y á Roque con aire receloso.*) Qué es eso? Qué tienen ustedes? Por qué me miran así? (*Se levanta.—Roque.—Doña Clara.—Doña Viviana.*) Se me figura que todos tienen conmigo un aire tan misterioso!...

Doña Viviana. Y no deja de haber misterios. (*Ap.*) Le confiaré la mitad del secreto, para ocultarle la otra mitad.—Clarita mia, necesitamos que nos dejes solos, y que no sepas nada hasta que sea tiempo.

Doña Clara. De qué?

Doña Viviana. De una sorpresa que te estamos preparando... una fiesta.

Doña Clara. Una fiesta! á mí... ahora? (*Ap.*) En buena ocasion!

Doña Viviana. Pues no sabes que hoy es tu cumpleaños? Ya no te acordabas! Vaya, vete, y déjate sorprender.

Doña Clara. A la verdad, que no me acordaba... (*Forzando una sonrisa.*) Gracias, querida tia; gracias. (*Yéndose.*)

Roque. (*Acercándose á doña Clara.*) Señorita... Si usted quisiese decirme algo... sobre aquella carta de mi mujer...

Doña Clara. Ah! ya me habia olvidado!...—No temas nada, Roque; vive tranquilo... era de una señora amiga mia, que la encargaba un trage.

Roque. De veras! no podia menos! Ay! Señorita! qué peso me quita usted!

Doña Clara. Sí, pobre Roque... vive dichoso!

Doña Viviana. Conque, Clarita...

Doña Clara. Tia? (*Ap.*) Una fiesta, Dios mio! cuando no estoy en mí!—

Roque. (*Ap.*) Ay! qué abrazo le voy á dar á mi Lucía!...

Doña Viviana. Te encargo que vayas al tocador, y te esmeres un poco.

Doña Clara. Por qué?

Doña Viviana. He convidado varias gentes... no faltará alguna persona de tu agrado...

Doña Clara. (*Ap.*) Ah!—Voy á darle á usted gusto.—Disimulemos... no hay remedio! (*Vase por la derecha.*)

Doña Viviana. (*Despues de acompañarla.*) Di á ese caballero que entre.

Roque. No está lejos. (*Vase por la izquierda.*)

Doña Viviana. No hay duda, es mi sobrino!... El drama se prepara maravillosamente! qué sorpresa! qué escena tan romántica!

ESCENA XI.

DOÑA VIVIANA. DON ENRIQUE. ROQUE.

Roque. Pase usted adelante.

Doña Viviana. Él es... mi Enrique!...

Enrique. Querida tia!

Doña Viviana. Chit... no hables tan alto...—Roque, anda, y cuida que nadie venga á sorprendernos. (*Vase Roque.*)

Enrique. (*Mirando al rededor.*) Pero qué misterios son estos?... Si me habré equivocado, y no será esta mi quinta... Me han tenido haciendo antesala un cuarto de hora... y ahora ni me deja usted hablar, ni abrazarla, ni...

Doña Viviana. Sí tal; pero...

Enrique. Y mi Clara... mi mujer... dónde está?

Doña Viviana. Chit... silencio... precisamente por ella no quiero que hables alto... no tiene antecedente alguno de tu venida, y la estamos disponiendo una sorpresa.

Enrique. Ah!... vaya!... ahora lo entiendo... ya no me acordaba de su aficion de usted al romanticismo... Lance en que usted intervenga cómo habia de pasar así, natural y sencillamente!... sin algun golpe de teatro... aunque sea una catástrofe... Pues yo, tia, soy muy clásico, y opino por entrar á abrazar á mi mujer cuanto antes.

Doña Viviana. No entres por Dios... dame ese gusto... aguarda siquiera cinco minutos... está acabando de vestirse...

Enrique. Pero, tia, por qué dilatar ni cinco minutos?... Ha sido tan larga nuestra ausencia!... separarme de ella al mes de casados!...

Doña Viviana. Fué cosa terrible!

Enrique. Y ya ve usted!... mi primer amor... la única inclinacion de mi vida...

Doña Viviana. Y cuál va á ser su conmocion, su gozo!... ella no sabe nada... ni el peligro que corrió su padre en esa accion cuando tú le salvaste la vida... ni tu ascenso á general... ay!... cuando te vea con la faja!... Pero, y mi hermano, cómo no ha venido contigo á abrazar á su hija... la escena pierde mucho de patético con esa falta!

Enrique. Una ligera contusion que recibió al caer del caballo le ha impedido venir conmigo... pero dentro de pocos dias... La guerra toca á su término, y tengo

datos para creer que no pasará este mes de agosto sin que concluya enteramente... Pero, dígame usted: y mi viejo Anselmo?... cómo es que no le veo por aquí? (*Con temor.*) Vive todavía, no es verdad?

Doña Viviana. Sí, vive.

Enrique. Es ya tan viejo el pobre, que siempre que me separo de él, temo no volverle á ver.

Doña Viviana. No está ahora en la quinta... ya sabrás por qué.

Enrique. Lo siento mucho... quisiera darle un abrazo... Él me ha visto nacer, me ha criado... me quiere como á un hijo... y, la verdad, tengo tal costumbre de verle siempre á mi lado, que cuando no le oigo gruñir y regañar por casa, se me figura que me falta algo!... Pero y mi Clara?... por qué tarda?... Qué linda estará, no es cierto?

Doña Viviana. Como una plata!... es la admiracion de todos!

Enrique. Hola!... y usted, querida tia, á fuer de honrada dueña, habrá sido un argos para defender el tesoro que la dejé confiado?

Doña Viviana. Como me hubiera defendido á mí misma!

Enrique. Lo creo.

Doña Viviana. Para que no se afligiese tanto en tu ausencia, la he buscado distracciones; la he llevado á tertulias, á la ópera...

Enrique. Muy bien hecho... su felicidad es mi único afan.

Doña Viviana. Oh! en Valencia hemos tenido una ópera brillante este año!... y en cuanto á dramas románticos, han hecho algunos divinos!... no veíamos uno que no le costase á Clarita un ataque de nervios... Mucho, mucho se ha divertido. En los bailes á que la llevé era el ídolo, la adoracion de los concurrentes... iba tan bien puesta, tan elegante!... y si la vieras valsar!... Pero á poco volvió á apoderarse de ella la melancolía... no quiso ya asistir á ninguna sociedad... nos vinimos á la quinta... y hace ocho meses que no habla mas que de tí, ni piensa mas que en tí... y está tristona y bastante malucha!

Enrique. Qué dice usted?... mala!... Entonces no hay que pensar... renuncio decididamente.

Doña Viviana. El qué?

Enrique. Se me ha ofrecido un buen gobierno para Ultramar... pero mi Clara padecería mucho en el viaje, en la navegacion... no, no me separo de ella. Ah! ella es mi vida, mi felicidad... yo no podria vivir si la perdiese. Ya he cumplido como buen español, he ayudado á salvar la patria... he adquirido honores, grados... Basta de ambicion: me quedo en mi quinta: pasaré el resto de mi vida en paz al lado de mi Clara... —Pero tia, ya ha pasado lo menos un cuarto de hora... yo no espero mas...

Doña Viviana. Aguarda. Vamos, te iniciaré en el arcano. Has de saber que hoy es el cumpleaños de Clarita...

Enrique. Calle usted!... y es verdad... 15 de agosto... hoy es... y hoy nos volvemos á ver!... qué feliz casualidad!...

Doña Viviana. Felicísima!... Pues bien: hé aquí el drama que he dispuesto. He convidado varios amigos y amigas á comer á la quinta... oyes un coche? ya van llegando! Entran á esta sala; aquí sale Clarita... todos la felicitan... En esto, rompo yo por medio de ellos trayéndote de la mano, y al decirla: «Sobrina!... recibe mi parabien,»—te arrojo en sus brazos. Golpe de teatro.

Enrique. Bravo!... Diga usted, y cae el telon?

Doña Viviana. Picarillo!...

ESCENA XII.

ROQUE. DOÑA VIVIANA. DON ENRIQUE.

Roque. Señora, señora, una porcion de gente ha llegado ya... qué les digo?

Doña Viviana. Que entren, que entren... Tú, sobrino mio, entra tambien en esa pieza, hasta que yo te avise.

Enrique. Vamos allá!

Doña Viviana. Y no chistes! (*A Roque.*) Cuidado, tú, con alguna torpeza!... Ay! qué bien va á salir todo!... (*Entra don Enrique por la izquierda. Roque va á introducir los convidados.*)

ESCENA XIII.

LUCÍA. DOÑA VIVIANA. ROQUE. *Convidados de ambos sexos. Luego* DOÑA CLARA. *Despues* DON ENRIQUE.

Doña Viviana. Bien venidos!... qué puntualidad!... Adios, Rosita... Oh! señor contador... Amigas mias... Señores... un dia de campo... Por aquí, por aquí ustedes, que va á salir mi Clara. (*Besa á unas, á otras dá la mano, á otros saluda, los hace acercar, los aleja, los coloca segun le parece, yendo y viniendo en contínuo movimiento.*) Aquí está!

Doña Clara. (*Que sale adornada con sencillez.*) Amigas mias... Señores... gracias, gracias por tanta bondad! (*A los convidados que se acercan á cumplimentarla.*) (Ah! tener que sonreir, cuando el corazon está despedazado!)

Doña Viviana. Qué hermosa!... qué hermosa!...

Roque. (*Acercándose.*) Señorita, mi Lucía y yo traemos estos ramilletes que ofrecer á usted...

Lucía. Sí señora; en muestra de mi gratitud...

Doña Clara. (*Tomándolos.*) Gracias, amigos mios; sed siempre felices...

Doña Viviana. (*Adelantándose hácia el medio.*) Ahora escuchadme todos! (*Murmullo de sorpresa.*)

Roque. Aquí viene lo bueno!

Doña Viviana. Tambien yo quiero obsequiar á mi amada sobrina con un presente que ha de ser muy grato á su corazon... (*Aparte á Roque.*) Anda, dile que salga; tráetelo por aquí detrás. (*Roque entra por la izquierda. Doña Viviana se acerca á doña Clara.*)

Doña Clara. Un presente, tia!... y cuál?... enséñemelo usted.

Doña Viviana. (*Lleva de la mano á doña Clara hácia el grupo de la izquierda, que se entreabre y deja ver á don Enrique.*) Míralo!

Doña Clara. Ah!... mi esposo!... (*Dá un grito, retrocede y cae desmayada en brazos de su tia y de las señoras. Don Enrique se echa á sus pies. Movimiento general de confusion. Cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Gabinete de doña Clara. Dos puertas laterales: la de la derecha del actor es la de entrada general: la de la izquierda dá á la alcoba de doña Clara. En el proscenio á la izquierda hay un canapé y dos sillones: á la derecha un velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

LUCÍA, *en pie, junto á la puerta izquierda.*

No me atrevo á entrar en la alcoba... qué mala se puso anoche!... y es todavía tan temprano, que... Pero me ha parecido oir la campanilla... puede que se haya empeorado... Yo me resuelvo. (*Toca muy despacio á la puerta.*) Ya abren.

ESCENA II.

LUCÍA. DON ENRIQUE.

Lucía. Buenos dias, señor. Cómo sigue la señorita?

Enrique. Creo que no será cosa de cuidado... Aquel desmayo nos asustó á todos... le duró tanto tiempo! Luego que volvió en sí la acometió una fiebre horrorosa... algunos ratos hasta con delirio... así ha pasado casi toda la noche... pero afortunadamente está mejor... ahora se halla muy tranquila. Ya no necesita mas que quietud y cuidado.

Lucía. Gracias á Dios.

Enrique. Con tal que á mi tia no se le ocurra prepararnos otra sorpresa...

Lucía. Ay! la pobre señorita está inconsolable!

Enrique. Lo creo... Ella es quien mas se ha asustado... pero nada... no se enmendará... Cuando una vieja dá en ser novelesca, no tiene remedio.

Lucía. Ella se figuró que la iba á dar un buen rato...

Enrique. Tiene razon!... toda la culpa es mia, que me presté á semejante estravagancia... yo tambien con la alegría de haber vuelto á mi casa, estaba en aquel momento medio tonto!... En fin... pobre señora!... dile que mi mujer ha preguntado por ella... y que si dá palabra de no empeñarse en producir efectos ni golpes de teatro, si se resigna á obrar y á hablar como una persona natural, puede venir al cuarto de Clara.

Lucía. A su alcoba?

Enrique. No: ahora se va á levantar... ella lo desea, y el médico dice que no hay inconveniente. La mañana está hermosa y el aire la hará provecho.

Lucía. Ah! ya sale. (*Va al encuentro de doña Clara y la ayuda á sentar en el canapé, permaneciendo á su derecha, y don Enrique á su izquierda.*)

ESCENA III.

LUCÍA. DOÑA CLARA. DON ENRIQUE.

Lucía. Cómo se siente usted, señorita?

Doña Clara. Muy débil, en particular la cabeza... pero esto pasará.

Enrique. Yo creo que ya esta noche no te repetirá la fiebre.

Doña Clara. Yo lo espero tambien! Pero por qué ha vuelto el médico esta mañana? me pareció que te hablaba en secreto... que te decia? estoy peor?

Enrique. No por cierto! Pero ayer me asusté tanto, creyendo al verte en aquel estado que fuese cosa de gravedad, que encargué al médico viniese hoy temprano con los dos facultativos mejores que hubiese en Valencia.

Doña Clara. Cómo!

Enrique. Sí, querida mia... has estado amenazada nada menos que de una consulta... figúrate... tres médicos contra tí!... pero tranquilízate: la consulta se ha con-

vertido en un almuerzo que les he dispuesto, encargando de hacer los honores de la mesa á tu señora tia.

Lucía. Ya han concluido; pero todavía siguen de sobremesa.

Enrique. Oh! estará en sus glorias!... tres médicos es ya cosa de tragedia! Voy á ver... no te vayas, Lucía, vuelvo al instante.

ESCENA IV.

LUCÍA. DOÑA CLARA.

Lucía. (*Mirándole ir.*) Qué señor tan guapo! Vaya! no se puede negar que tiene razon Anselmo.

Doña Clara. (*Aterrada.*) Anselmo!... cielos!... está Anselmo en la quinta?

Lucía. Ay Dios!... qué siente usted?... qué temblor!... qué agitacion!... Serénese usted, señorita!

Doña Clara. (*Serenándose.*) Estoy serena. Qué es lo que decias.

Lucía. Decia que tiene razon Anselmo... es imposible no querer al señor don Enrique!... tan bueno!... tan cariñoso! Y cómo la quiere usted!... Si hubiera usted visto cómo la cuidaba!...

Doña Clara. Sí?

Lucía. El lo hacia todo... no ha permitido que nadie se quedase con ested mas que él solo.

Doña Clara. En efecto; esta mañana cuando llamé, le vi al lado de mi cama.

Lucía. Toma!... yo lo creo... si no se ha acostado... ahí ha pasado toda la noche á su cabecera de usted.

Doña Clara. A mi cabecera?

Lucía Como estaba usted tan recargada...

Doña Clara. Qué me dices?

Lucía. Con mucha calentura, y algunos ratos un delirio...

Doña Clara. Y cuando tenia el delirio... quién estaba á mi lado?

Lucía El, señorita, él solo.

Doña Clara. (*Aparte.*) Dios mio!

Lucía. Eso se llama un marido!... qué gracia tiene que usted le adore!... y no que yo...

Doña Clara. Qué dices?

Lucía. Yo haré lo posible por seguir los consejos que me dió usted ayer... y Dios dirá... pero soy muy desgraciada.

Doña Clara. Y por qué?

Lucía. Ha de saber usted, señorita, que Julian ha venido á la quinta... con pretesto de traer la sillería nueva, y presentar la cuenta... Yo estoy huyendo de él; pero me está persiguiendo... y Roque ya lo ha observado... estos maridos lo ven todo!...

Doña Clara. Vamos... acaba.

Lucía. Verdad es que no ha visto una carta que Julian me echó al paso en el delantal...

Doña Clara. Y qué te dice?

Lucía. Que por Dios le responda... y que deje la respuesta en el rosal que está junto al cenador... y que si me empeño en huir de él y no hablarle, va á hacer una atrocidad.

Doña Clara. A matarse?

Lucía. No señora... á casarse!... con una novia que le ha buscado su tio.

Doña Clara. Pues bien, Lucía, en vez de impedirlo, debes aconsejarle que lo haga.

Lucía. Yo no tengo valor....

Doña Clara. Dime: no deseas su felicidad?

Lucía. Ay! sí señora!... pero entonces no volverá á acordarse de mí... me aborrecerá!...

Doña Clara. Al contrario: entonces te estimará mas... y nunca podrá olvidarse de tí.

Lucía. Ay! señorita!... pues le escribiré... le escribiré... yo se lo ofrezco á usted!... y al instante... Aquí vuelve el señor don Enrique. (*Doña Clara se sienta en el canapé.*)

ESCENA V.

DON ENRIQUE. LUCÍA. DOÑA CLARA.

Enrique. La tia está en su centro con los médicos! (*A Lucía.*) La han recetado solamente unas gotas de no sé qué bebida, que pondrás en el velador de su alcoba.

Lucía. Bien, señor.

Enrique. Porque aunque ya no hay cuidado, dicen que como está tan débil, la menor conmocion haria que le

repitiese la calentura, y ese delirio que tanto me asustó anoche.

Lucía. La menor conmocion?... pues voy, voy...

Enrique. Sí: prevénlo á todos; es preciso mucho cuidado para que no se altere por nada. (*Vase Lucía.*)

Doña Clara. (*Con inquietud.*) Qué es eso?

Enrique. (*Sentándose á su derecha en el canapé.*) Nada... Los médicos se vuelven á Valencia, porque ya, gracias á Dios, no los necesitamos. Mi cariño y mis cuidados acabarán de ponerte buena... Basto yo solo para cuidar de lo que mas amo en el mundo.

Doña Clara. Ah! tus bondades me confunden!

Enrique. Qué dices! esta es mi obligacion y mi mayor placer! No puedes figurarte, en medio del cuidado que tenia, cuán feliz era yo esta noche sentado á la cabecera de tu cama cuidando yo solo de tí... estrechando tu mano entre las mias, respirando tu aliento, contemplando tus facciones, aunque alteradas por tus padecimientos... Algunas veces en el delirio, hablabas...

Doña Clara. Oh Dios!

Enriqae. Medias palabras... no pude entender...

Doña Clara. Ah! (*Respirando consolada.*)

Enrique. Solo percibí mi nombre... que lo pronunciaste varias veces... «Enrique... Enrique...» tú me llamabas, y yo estaba tan cerca de tí como estoy ahora.

Doña Clara. Ah! por qué te fuiste de mi lado!

Enrique. Era preciso, alma mia! La patria peligraba... yo era militar... Además, tu padre iba á Navarra á mandar una division, y yo me propuse de estar siempre á su lado, defenderlo, conservarlo á tu amor... y lo he cumplido á riesgo de mi vida. Sí, Clara mia, dentro de breves dias le abrazarás... y á tu esposo le debes esta dicha. Pero si vieras qué largos se me hacian los dias, y qué amargo el peligro, temiendo no volverte á ver! Cien veces, si el honor y la vida de tu padre no me hubieran detenido, hubiese volado aquí á sorprenderte, á arrojarme en tus brazos y decirte: «Clara mia, yo no puedo vivir sin tí!» —Pero, gracias al cielo, ya termina la guerra, y vuelvo á gozar esta felicidad! Reflexiona, reflexiona, vida mia, la suerte que nos espera! A quién tenemos que envidiar en la

tierra? A nadie; nosotros sí daremos envidia al mundo entero!

Doña Clara. Enrique!...

Enrique. Vamos, vamos; cuéntame, cuéntame todo lo que has hecho en mi ausencia, lo que te has divertido... los amigos que te han acompañado... he notado muchas mudanzas en la quinta... Anselmo no está aquí...

Doña Clara. (*Turbada.*) Anselmo!...

Enrique. No sé dónde se ha ido... él quedó encargado de todo... y siempre viene á darme cuenta...

Doña Clara. (*Mas turbada.*) Anselmo!.. á darte cuenta!...

Enrique. (*Tomándole la mano.*) Qué tienes?...

Doña Clara. Nada...

Enrique. Sí, sí... te has alterado!

Doña Clara. No... nada...

Enrique. (*Sin soltarle la mano.*) Me han dicho que ayer se marchó... mucho sentí no abrazarlo... pero no puede estar sino en los molinos, y ya lo he mandado llamar...

Doña Clara. (*Agitada.*) Va á venir?

Enrique. Esta misma mañana, regularmente... pero qué es esto!... tu mano está ardiendo!... te vuelve otra vez la fiebre!...

Doña Clara. (*Delirando, y retirando repentinamente la mano.*) No... no... estoy buena...

Enrique. (*Levantándose.*) Dios mio!.. me dá cuidado!... (*Llamando.*) Lucía!— (*Asomándose á la ventana.*) Ya se han ido los médicos... Esa bebida que mandaron... si la habrán traido á la alcoba... (*Entra en la alcoba.*)

Doña Clara. Qué fuego! Dios mio! qué fuego! se me saltan las sienes! dónde estoy? (*Escuchando.*) Oigo pasos... quién viene? quién viene?

Enrique. (*Saliendo.*) Aun no la han traido... qué calma!... (*Viendo que Doña Clara se levanta y anda.*) Cielos!... qué agitacion!.. qué desencajada está!... Clara!...

Doña Clara. (*Delirando.*) Silencio! no oyes? ya sube... ahí está!...

Enrique. Quién?

Doña Clara. Anselmo! Anselmo delante de mí!... Ay! cómo tiemblo!... por mas que escondo la cara... él me está viendo... él me mira... (*Echándose en brazos*

de don Enrique.) Ah! quien quiera que seas... por compasion, escóndeme... que no me vea Anselmo! si llega á verme dirá: «Allí está... esa es culpable!»

Enrique. Clara! qué dices! qué calumnia!...

Doña Clara. No, no... su boca no calumnia... ha dicho la verdad!

Enrique. Qué delirio te ofusca!... piensa en tí, piénsa en tu padre...

Doña Clara. Mi padre! Ah! padre mio, ven, ampárame, llévame de aquí! Ves ese jóven... ese pariente de Enrique?

Enrique. Un pariente mio! quién?

Doña Clara. No le ves? Viene de Valencia... entra en la quinta... dentro de ocho dias se va al ejército... mi tia se empeña que pase esos ocho dias con nosotros... no... yo no quiero... yo no debo permitirlo... porque has de saber que ese jóven me ha hecho una declaracion amorosa... ah! yo no amo mas que á mi Enrique! El pobre llora, se desespera, yo quisiera consolarlo... dejaré caer este ramo de violetas... ya lo ha visto... lo recoge... mira, mira cómo lo lleva á los labios!... cómo lo guarda en el seno! (*Con un suspiro.*) Ah! por fortuna ya han pasado los ocho dias y mañana se va!... Qué ruido es ese? quién viene? quién entra así en mi cuarto... á media noche... por ese balcon! Él es!!... Ah! yo he tenido la culpa! yo le he hecho alimentar esperanzas criminales... mi ligereza le ha animado á semejante audacia... Salga usted! déjeme usted, suélteme usted, su vista me horroriza!

Enrique. Oh rabia!

Doña Clara. Yo no amo mas que á Enrique; Enrique, ven á defenderme; aun soy digna de tí... ven! ven! (*Con desesperacion.*) No... vete! (*Cayendo de rodillas.*) Dios mio! padre mio! perdon!

Enrique. Calla, desgraciada, calla!

Doña Clara. Sí, sí, es preciso callarlo; dán las doce... vuelve á bajarse por el mismo balcon... si lo verán! hoy es Nochebuena, y aun no se ha recogido la familia... qué ha sonado? un tiro! ah! lo habrán visto... Ha sido Anselmo! Anselmo! y no poder evitar sus miradas! temblar en su presencia, ruborizarme delante de un criado! Ah! si yo le pidiese perdon... No, no;

jamás me perdorará... Qué he de hacer?... voy á matarme!

Enrique. Qué dices!

Doña Clara. No puedo... tengo miedo! pero si Enrique viene... yo tendré valor para confesárselo... Ahí está! Dios mio, ayudadme! Enrique... Enrique... yo te he faltado... per... dó... na... me... (*Cayendo en el canapé. Se cierran sus ojos: deja caer la cabeza y queda aletargada. Enrique se sienta junto á la mesa de la derecha, apoyada la cabeza en las manos, y sumergido en cavilaciones.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE. DOÑA CLARA. DOÑA VIVIANA. LUCÍA.

Lucía. (*Entrando.*) Despacito; ya sabe usted lo que le he dicho: nada que la pueda alterar.

Doña Viviana. Parece que está dormida. (*A don Enrique.*) Qué tienes tú? estás tambien desencajado!

Enrique. Yo no tengo nada, tia. (*Aparte.*) Yo beberé la sangre de ese infame!—Lucía, vete allí y no te apartes de su lado. (*Lucía se acerca á doña Clara. Enrique lleva á doña Viviana á la derecha.*) Dígame usted, tia...

Doña Viviana. Lo que quieras te diré; pero ante todas cosas dá un vistazo á esa lista.

Enrique. Qué es esto ahora?

Doña Viviana. Las personas á quienes se ha de dar parte de tu llegada; cosa muy natural: las que en tu ausencia nos han acompañado constantemente... me parece que...

Enrique. Conque durante mi ausencia venia aquí mucha gente, eh?

Doña Viviana. Muchísima!... ya ves, á una legua de Valencia... venian á comer, y se volvian á la noche.

Enrique. Se volvian? y no solian quedarse algunos? Bien podia usted de cuando en cuando haber hecho que pasáran aquí unos dias...

Doña Viviana. Solo una vez sucedió, y bien á pesar de Clarita, que se oponia con tanto empeño, vamos, que no queria; pero al fin se quedó ocho dias, y me ale-

gro que sea de tu aprobacion. Era un jóven pariente tuyo...

Enrique. Ah, era un pariente mio!

Doña Viviana. Sí; Eduardo Mendoza.

Enrique. Eduardo!...

Doña Viviana. Que estaba empeñado en ir al ejército y tú le conseguiste una charretera. (*Enrique se sienta junto á la mesa y se dispone á escribir.*) Qué es eso? qué vas á hacer?

Enrique. Como no veo su nombre en la lista, voy á escribirle convidándole á venir á la quinta...

Doña Viviana. Estás loco?

Enrique. Tengo que hablarle.

Doña Viviana. Pues no sabes que ha muerto?

Enrique. Qué dice usted?

Doña Viviana. Hace ya seis meses; apenas llegó al ejército, en la primera accion le dieron un balazo.

Enrique. Ha muerto!

Doña Viviana. Se lo tenia dicho; era un calaveron!...

Enrique. Ha muerto!... (*Ap., dejando caer la pluma.*) Y ahora en quién me he de vengar? (*Mirando á Clara.*) En quién?... en esa infeliz!

Lucía. Señor, ya vuelve en sí... ya abre los ojos...

Doña Clara. Ah! cuánto he padecido! que sueño tan horroroso... (*Mirando alrededor.*) Tia, tia, dónde está?

Doña Viviana. Ahí le tienes, no se separa de tí. (*A don Enrique.*) Sobrino...

Doña Clara. Enrique, ven acá. (*Enrique se acerca silencioso. Clara le toma la mano y la lleva á sus labios.*) Ya estoy mejor, me siento tan aliviada cuando estás junto á mí!

ESCENA VII.

DICHOS. ROQUE.

(*Roque se coloca entre doña Viviana y Enrique.*)

Roque. Señor... (*Ap.*) Ay, gracias á Dios que está aquí mi mujer; no sabia ya dónde andaba.—Señor, aquel que usted mandó llamar está ahí; quiere hablar con usted.

Enrique. Quién?

Roque. Mi tio Anselmo.

Doña Viviana, doña Clara y Enrique. Anselmo!... (*Doña Clara fuera de sí se levanta como por un movimiento convulsivo.*)

Enrique. (*Teniéndola con la mano.*) Qué haces? (*Ap.*) No va á poder resistir su presencia.—(*A Roque.*) Que espere... luego... de aquí á un rato le veré.

Roque. Está bien, señor. (*Vase. Doña Clara hace un ademan de alegría, y vuelve á dejarse caer en el sofá.*)

Enrique. (*Ap. mirándola.*) Ya se tranquiliza, infeliz!—La vergüenza y la muerte están impresas en su rostro! Y su padre!... le costaría la vida... No: yo le juré hacerla dichosa, y el haber ella faltado á su juramento no me autoriza á mí para faltar al mio. (*Acercándose á doña Clara.*) Serénate, Clara; tranquilidad es lo que mas necesitas.

Doña Viviana. (*Sentándose junto á la mesa de la derecha.*) Seguro; tranquilidad y distraccion. (*A doña Clara.*) Si quieres nos quedaremos á entretenerte con alguna conversacion; qué te parece, Lucía?

Lucía. Bien, muy bien.

Doña Viviana. Ay, qué idea!—Sobrino, tú que vienes de la guerra podias divertirla contándole las batallas en que te has hallado, el dia en que libertaste la vida de su padre, y las demás aventuras que te habrán sucedido. Tú, Clarita, no tienes mas que hacer que escuchar.

Enrique. Sí, escuchar.

Doña Clara. Ah! te escucharé con placer.

Lucía. Qué gusto! escuchemos todos.

Roque. (*Saliendo.*) Señor, dice que no quiere ver mas que á usted solo.

Enrique. Quién?

Roque. Anselmo.

Enrique. No puede ser. (*Despues de reflexionar un instante.*) Sí, que entre.

Roque. Está el pobre con unas ganas de ver á usted, que ya no puede mas; ahí viene.

Doña Clara. Las fuerzas me abandonan.

ESCENA VIII.

DICHOS. ANSELMO, *con los ojos bajos.*

Anselmo. (*Se acerca á don Enrique y le besa la mano.*) Ah, mi querido amo!

Enrique. Bien, ahora hablaremos.

Anselmo. Ah señor!

Doña Viviana. Basta; cállese.

Roque. Pues qué...

Doña Viviana. Y usted tambien, Roque.

Roque. Cómo, pues qué hay?

Lucía. (*Que ha pasado junto á él.*) Que el señor nos va á contar una historia.

Roque. Eso es otra cosa!

Doña Viviana. Silencio. (*Doña Clara está en el canapé.— Enrique en un sillon á su derecha.— Doña Viviana junto á Enrique.— Lucía en una silla á la izquierda de doña Clara.— Roque y Anselmo de pie á la derecha de doña Viviana.*)

Enrique. (*Despues de unos instantes de silencio.*) Habrán ustedes de saber que á fines del año pasado de 1838, necesitando el general en gefe valerse de una persona de su mas íntima confianza que pasase á conferenciar sobre cierta combinacion militar, con el gefe del ejército del centro, tuvo la bondad de poner los ojos en mí. La faccion de Aragon estaba interpuesta, y yo tenia que pasar por medio de ella. No me detendré ahora en referirles á ustedes las precauciones que tomé... los disfraces que tuve que adoptar para no ser conocido si tropezaba con los facciosos.

Doña Viviana. Pues no debias pasar eso por alto... son detalles muy interesantes...

Enrique. Pero ya son conocidos... afeitarse los bigotes... tomar pasaporte con otro nombre, conservando las iniciales de la marca de la ropa... llevar una cartera con muestras de paños... En fin, el resultado es que atravesé el pais sin novedad. Para dirigirme al cuartel general del centro tuve que pasar por muy cerca de Valencia, y por consiguiente por muy cerca de esta quinta.

Doña Viviana. Y cuándo fué eso?

Enrique. No lo he dicho? á fines del año pasado; por el mes de diciembre.

Lucía. Vea usted!

Enrique. Verme tan cerca de mi esposa, y no darle un abrazo, se me hacia tan duro!... y despues de una ausencia tan larga!... Por otra parte, mi comision era delicadísima... mi viaje debia ser ignorado de todos, y presentándome en la quinta hubiera corrido la voz de mi llegada. En este caso, qué hago? escribo dos, renglones á Clara, única persona á quien quise prevenir... y me dirijo á esta quinta el dia de Nochebuena... á las doce de la noche.

Doña Clara. (*Asombrada y trémula.*) Qué dices?

Enrique. Me has ofrecido guardar silencio... y dejarme acabar.

Doña Viviana y *Lucía.* Es cierto.

Doña Viviana. No interrumpas, sobrina. (*A Enrique.*) Sigue, sigue.

Enrique. Pues señor, llego... y salto la tapia del jardin.

Anselmo. Qué oigo!

Doña Clara. (*Cada vez mas trémula.*) Dios mio!

Enrique. Creí que podria volverme tambien sin tropiezo, gracias á la oscuridad de la noche... pero uno... no sé quién... me vió sin duda, al descolgarme por ese balcon... y tomándome acaso por algun ladron... caten ustedes que me dispara un tiro.

Doña Clara. (*Dando un grito y cubriéndose el rostro.*) Ah! (*Estendiendo sus manos hácia Enrique, y casi de rodillas.*) Enrique! Enrique!

Enrique. Calle usted... yo lo mando!

Anselmo. (*Ap.*) Bárbaro de mí!

Roque. Qué es eso, tio?

Doña Viviana. Jesus! qué aventura! pero lo mas estraordinario es... que... si!... ahora recuerdo... era en diciembre... el dia de Nochebuena...

Enrique. Justamente.

Doña Viviana. Por señas que aquella misma tarde marchó para el ejército tu primo Eduardo. (*Enrique hace un ademan de cólera.*) Qué noche tan oscura! qué ventisca! qué llover! Ya hacia mas de una hora que habíamos hecho colacion, y Clarita se habia subido á su cuarto... cuando oí un ruido... así... como de su-

bir por la reja de mi alcoba... que cae debajo de ese balcon...

Enrique. (*Interrumpiéndola.*) Era yo.

Anselmo. (*Confundido.*) Era usted, señor!

Doña Viviana. Y lo que mas me chocaba era que me parecia oir de cuando en cuando la voz de un hombre.

Enrique. (*Colérico.*) De un hombre!... (*Conteniéndose.*) Era yo.

Anselmo. Es posible!... Y yo... aun estoy temblando!... yo que le disparé á usted!

Enrique. Qué dices?

Anselmo. (*Acercándose á Enrique.*) Sí señor; aquel tiro que usted oyó... yo le disparé!... La puntería estaba bien hecha, aunque desde bastante distancia... pero por fortuna me temblaba la mano. A no ser por eso... Dios mio! aquí en su propia casa, el que mas le quiere, le hubiera... Ay! amo mio!... amo de mi alma!...

Enrique. Vamos, calla... No vayas ahora á desconsolarte... fué una ligereza que... (*Lucía pasa á la derecha al lado de Roque.*)

Anselmo. Ah! si fuera esa sola!... sino tuviera otro delito mayor de que acusarme!... Pero uno he cometido, señor, que no me lo perdonaré jamás! (*Acercándose á doña Clara, y arrodillándose delante de ella.*) Señora... mi digna y virtuosa señora... yo soy un miserable, un infame! Yo he cometido la vileza de sospechar de usted... Ocho meses hace que la estoy ultrajando y acusando con mis acciones... Cómo podia usted faltar á un esposo semejante!... era una traicion, que no podia caber en esa alma!... Y yo... miserable de mí!... he podido sospecharlo!!...

Doña Clara. (*Levantándolo.*) Anselmo!

Anselmo. Y usted ha sido tan buena que me ha sufrido por tanto tiempo!... porque hasta hoy no he recibido mi castigo... hasta hoy... que me ha despedido usted.

Doña Viviana. Bien, Anselmo, bien: ya que usted confiesa sus yerros... tambien nosotros los olvidamos. Ahora, todo depende de su amo de usted.

Anselmo. Señor!... me perdonará usted?

Enrique. (*Con frialdad.*) Yo puedo perdonar las injurias que se me hacen á mí; pero nunca perdonaré un ultraje hecho á mi esposa. Ya veré lo que puedo ha-

cer por tí... Pero entre tanto, puesto que tu ama te ha despedido... vete.

Anselmo. Ah! qué crueldad! pero la merezco, amo mio, la merezco! (*Acercándose á doña Clara.*) Señora... he sido muy culpable!... pero usted, que es la misma virtud, dígnese interceder por mí!

Enrique. Tia... permítanos usted un momento... (*Doña Viviana se va.*) Salíos un rato afuera... (*A Roque y Lucía, que se van.—Anselmo quiere volver á suplicarle.*) Vete! (*Vase Anselmo.*)

ESCENA IX.

DON ENRIQUE. DOÑA CLARA.

(*Enrique permanece de pie en el fondo, sumergido en reflexiones.—Doña Clara se vuelve hácia él... quisiera hablarle, y no se atreve... Por fin, no pudiendo reprimir los sollozos, cae de rodillas, dirigiéndose al cielo, pero con la espalda vuelta á don Enrique.*)

Enrique. (*Acercándose.*) Vamos, Clara... qué haces?

Doña Clara. Ay! no me atrevo á mirarte ni á hablarte... Dios mio!... si supieras lo que pasa en mi alma!...

Enrique. Levántate... y escúchame. (*Doña Clara se levanta, y se acerca lentamente á don Enrique con la cabeza baja.*)

Doña Clara. Ah! Enrique...

Enrique. (*Con frialdad.*) No me lo agradezcas... Todo esto lo hago por tu padre, que se moriría de pena si lo supiera... lo hago por él... y por mí. Quiero que la mujer que lleva mi apellido sea respetada y honrada... ya lo he conseguido... te he hecho recobrar la estimacion de todos.

Doña Clara. Pero no la tuya!... Enrique, no trataré de disculparme con tu larga ausencia, con la falta de tus consejos... con mil circunstancias, en fin, que han favorecido esa ligereza, esa imprudencia que, á pesar mio, me ha perdido para siempre!... No: bien sé que nada de eso puede escusar ni disminuir mi culpa; y el cielo... ó mis remordimientos, que te la han revelado,

te prueban que conozco toda su estension... Pero si tu generosidad es tanta, que no te permite castigarme y vengarte... yo lo haré... y te prometo que mi muerte...

Enrique. Qué estás diciendo?

Doña Clara. Sí... es ya mi único recurso... mi única esperanza!...

Enrique. Conque tú crees que un delito se espía cometiendo otro? No: para arrepentirse y purgar una culpa, es preciso vivir... Pero como esto requiere mucho valor, comprendo que es mas cómodo matarse...

Doña Clara. Ah! Enrique... te obedeceré.

Enrique. Tú vivirás... pero lejos de mí. Quiero que esta separacion se haga sin ruidos, sin escándalo... A mi cuidado queda el salvar las apariencias. En cuanto á tí, puesto que me has prometido obedecerme... ahora sabrás lo que dispongo de tí... lo que espero de tí... Vuelvo.

Doña Clara. Una palabra mas... porque todo me indica que te veo por la última vez!... una palabra!...

Enrique. Ya te escucho... qué quieres?

Doña Clara. Yo me someteré á todo lo que dispongas, por rigoroso que sea... Pero no me quites toda esperanza!—Dime... allá... algun dia... cuando mis facciones ajadas ya por el sufrimiento y por los años... cuando estas megillas surcadas por las lágrimas te digan que he llorado bastante mi delito... allá... sí... de aquí á muchos años... podré... entonces esperar?... (*Enrique, para ocultar su conmocion, quiere irse.*) Ah, no te vayas!... un instante... un instante no mas!... quiero pedirte.... una gracia... (*Enrique, que ha llegado á la puerta, se detiene.*) no para mí... Anselmo... quedará despedido?... Tendré que añadir á todas mis culpas la de haberte privado de un amigo, de un fiel criado?

Enrique. Volverá... yo se lo diré... Espérame aquí.

Doña Clara. Bien está. (*Vase Enrique.*)

ESCENA X.

DOÑA CLARA. *Luego* ROQUE. LUCÍA.

Doña Clara. Se va, me deja.—Qué suerte tan dichosa me esperaba, Dios mio! qué porvenir tan halagüeño me sonreía! cuántas felicidades, que yo he destruido en un momento de estravío!—Gente viene. (*Enjugándose prontamente las lágrimas.*) Por él... por su propio honor ocultaré mis lágrimas. (*Afectando sonreir.*) Ah! es Lucía y su marido.

Roque. (*Trayendo del brazo á Lucía, la cual pasa á la izquierda de doña Clara.*) Sí, mi Lucía, soy el mas feliz de los hombres, y te quiero mas que nunca.

Lucía. Y por qué?

Roque. El por qué yo me lo sé, y lo sabrá todo el mundo, empezando por la señorita, que ha sido testigo de mis cavilaciones.

Doña Clara. Qué dices?

Roque. Sí señora; á pesar de lo que usted me aseguró... tocante á aquella carta, yo no las tenia todas conmigo! porque habia observado hace tiempo que un cierto Julianillo... sobrino de don Vicente el ebanista, andaba tras de mi mujer... yo tambien andaba... de suerte que los tres andábamos siempre revueltos. Esta mañana le vi que estaba rondando el cenador del jardin, y que registró cuatro veces el rosal que hay allí.—Yo estaba tendido entre las murtas observando... cuando á poco veo llegar á esta señorita con mucho misterio, tirar una carta entre el rosal y echar á correr. Me levanto, cojo la carta, y aunque no era para mí, zis, zás, la abro.

Lucía. Dios mio!

Roque. La leo, y... aun me dura la alegría! allí le dice que no se canse en perseguirla... que no le quiere, porque ella á quien quiere es á mí, á mí! á mí solito!... Huy!... pobrecilla!

Lucía. (*Aparte á doña Clara.*) Ah! señora!... todo se lo debo á usted!

Roque. Con que volví á dejar allí mi carta, me tiendo, y á poco cata al barbilindo que viene por ella.—Si viera usted qué muecas hizo! que ademanes tan... uf!... if!... Puhá!... se arrancaba los pelos!

Lucía. Pobre muchacho!

Roque. Tambien á mí me daba lástima!... y me daba gusto... porque me convencia de que mi mujer...

Lucía. Tu mujer... (*Mirando á doña Clara.*) ha tenido quien le dé buenos consejos...

Roque. Pues bien, de aquí adelante haz lo que te dé la gana; entra, sal, yo no diré esta boca es mia; te querré mucho, te daré siempre gusto, te obedeceré en todo, porque eres buena, pichona mia!

Lucía. (*Se acerca y le toma la mano, mirando conmovida á doña Clara.*) Sí, mi querido Roque! yo te ofrezco ser siempre buena, y hacerte feliz. (*Haciéndole pasar junto á doña Clara.*) Dá las gracias á la señora, y vámonos.

Roque. Gracias... de qué?

Lucía. Dale las gracias!

Roque. Bien. Te he prometido obedecerte... (*A doña Clara.*) Señora...

Doña Clara. Bien, Roque; bien, Lucía. Sois muy felices, no es cierto? (*Aparte.*) Ah! yo la he salvado!

ESCENA XI.

DICHOS. DOÑA VIVIANA. ANSELMO, *que permanece detrás de ella.*

Doña Viviana. Sobrina... sobrina... qué noticia! Le han nombrado capitan general de... allá... qué sé yo... de Filipinas... ello es en América. Ahí han venido una porcion de gentes á darle la enhorabuena. Oyes?... oyes?... Vaya! si cuando dá en soplar la suerte...

Lucía. Ay! Señorita!... todas son hoy felicidades!

Doña Clara. Sí, hija mia... todas!

ESCENA XII.

DICHOS. DON ENRIQUE.

Enrique. (*Desde la puerta.*) Adios, señores; mil gracias... mil gracias...

(*La colocacion es: Enrique.—Doña Viviana.—Clara.—Anselmo.—Lucía.—Roque.*)

Anselmo. (*A doña Clara.*) Usted ha querido, señora, que este dia sea feliz para todos; porque gracias á su intercesion, mi amo me ha perdonado.

Doña Clara. Ah! mucho se lo agradezco.

Anselmo. Y yo, señora, no puedo esplicar lo que siento aquí... pero la quiero á usted... tanto como á mi amo; la admiro, la venero, quisiera poder servirla de rodillas....

Lucía. Tiene razon.

Roque. Ya se ve!

Doña Clara. Basta, basta, amigos mios. (*Aparte.*) Y he de estar usurpando el aprecio de todos!

Enrique. (*Despues de despedir á las visitas se adelanta al proscenio con doña Viviana.*) Ya conoce usted, querida tia, que el nombramiento que acabo de recibir, me pone en el caso de marchar á Madrid.

Doña Viviana. Ya me hago cargo; sí, iremos todos á acompañarte á la corte: no te parece, sobrina?

Enrique. Por ahora... eso será algo dificil; porque los pliegos que he recibido me obligan á marchar ahora mismo. Pero antes tengo que dar algunos encargos á mi mujer... permítame usted...

Doña Viviana. Válgame Dios!...

Enrique. (*Acercándose á doña Clara y llevándola al proscenio; mientras doña Viviana, Anselmo, Lucía y Roque se quedan en el fondo.*) Esta mañana pensaba renunciar ese gobierno que me habian ofrecido por no separarme de tu lado, pero ahora acabo de aceptarlo. Antes de salir de España, he querido dejar arreglados mis asuntos; y (*Dándola un papel.*) aquí tienes un documento que contiene mi espresa voluntad.

Doña Clara. Yo la cumpliré.

Enrique. En él te aseguro desde este dia la mitad de mis bienes, y la otra mitad despues de mi muerte.

Doña Clara. (*Yendo á rasgar el papel.*) Ah!

Enrique. (*Impidiéndolo.*) No puede usted ruhusarlo; me ha jurado usted obedecerme: cumpla usted al menos una vez sus juramentos.

Doña Clara. (*Bajando la cabeza avergonzada.*) Ay, Enrique!

Enrique. (*Volviéndose y abrazando á doña Viviana.*) Voy á machar. Adios! (*Aparte mirando á Anselmo.*)

Pobre Anselmo, ya no volveré á verle! — Ven aca, pobre viejo, abrázame!...

Anselmo. Ay, amo mio!

Enrique. (*Esforzándose á sonreir.*) Se me saltan las lágrimas... y no sé por qué.

Anselmo. Yo sí lo sé, señor... de gozo, de felicidad.

Enrique. Tienes razon. Vaya, marchemos al instante. (*Se dirige á la puerta.*)

Doña Viviana. Y tu mujer, no te despides de ella?

Enrique. (*Deteniéndose.*) Es verdad... (*Acercándose á Clara y tomándole la mano.*) A Dios, Clara, á Dios. (*Va á marchar.*)

Doña Clara. (*Mirándole con aire suplicante.*) Enrique, nos están mirando.

Enrique. Ah, tienes razon! (*La abraza.*)

Doña Viviana. Espero que dentro de siete ú ocho dias nos veremos.

Enrique. Sí, querida tia, dentro de algunos dias.

Doña Clara. (*Aparte á don Enrique.*) Será cierto?

Enrique. (*Aparte á doña Clara.*) Jamás!

Roque y *Lucía.* Adios, señor.
Anselmo. Adios, mi querido amo.
Doña Viviana. Buen viaje, sobrino.
} *A un tiempo.*

(*Acompañan á don Enrique, el cual dá la última mirada á su esposa.*)

Doña Clara. (*Que permanece inmóvil, alza los ojos al cielo y cae de rodillas.*) Dios justo, déjame vivir para volverlo á ver!...

FIN DEL DRAMA.